

A LAS NUEVE EN PUNTO

En la oficina reina el caos. Llevamos horas coordinando y revisando los últimos detalles y las responsabilidades que corresponderán a cada integrante del equipo.

La presentación de este proyecto será la culminación de largas jornadas de estudio, trabajo y dedicación y, de ser aceptado, significará que nuestra pequeña empresa se instalará en el umbral de las ligas mayores.

Pero, más allá de la cuestión laboral, este proyecto de campaña contra la extrema pobreza de los adultos mayores es una misión en la que cada uno de nosotros ha puesto, no sólo sus habilidades profesionales, también sus principios de vida, su formación humana y su experiencia personal y familiar, además de sus más profundos sentimientos.

Muchas veces las reuniones de trabajo finalizaron con los participantes emocionados hasta las lágrimas, ilusionados por lo que significaría llevar a la realidad nuestros anhelos de prosperidad para ese segmento ciudadano.

La mía, sería una misión particularmente delicada ya que, recién ascendido, me iba a corresponder presentar la propuesta a las autoridades, medios de comunicación y al mismísimo ministro que había confirmado su asistencia.

Cuando ya todo está en orden, la arenga del jefe nos pellizca el corazón y el estómago:

- Confío en que todos y todas darán lo mejor de sí. Vayan ahora a descansar. ¡Nos vemos mañana a las nueve!

- ¡En punto! respondo, impulsado por una adrenalina que ya no tiene margen para seguir subiendo.

.....

Al día siguiente me levanto muy temprano pues quiero compartir este día crucial con mi madre. Entro en la clínica, me siento a su lado y acaricio suavemente su fino cabello blanco pensando en cómo pudo la gringa bella y cautivante de mi infancia, llegar a esta condición.

.....

Mientras mis compañeros odiaban que sus madres se aparecieran por el colegio, yo disfrutaba de su compañía viendo a apoderados y profesores derretirse y a las otras mamás mirándola de pies a cabeza, buscándole algún defecto hasta que se

rendían y terminaban admirándola e inventando alguna excusa para conversar con ella.

El único que resistía o, más bien ignoraba sus encantos, era mi padre.

Volcado por entero a sus negocios nunca pareció enterarse de la esposa que tenía, de que había sido padre dos veces y de que en su casa, aparte de él, vivían tres personas más.

Su éxito profesional crecía al mismo ritmo que lo hacían su soledad y aislamiento familiar.

Por eso, cuando salió de nuestras vidas mi hermano mayor y yo no percibimos cambio alguno en nuestro diario vivir, al punto que ni siquiera preguntamos las causas del quiebre.

Mamá consiguió un trabajo y se apuntó en un gimnasio. La veíamos poco, pero más luminosa. Juntos aprendimos a disfrutar la riqueza de la brevedad cuando el amor es profundo y verdadero.

Éramos completamente felices y no titubeábamos en agradecernos mutuamente por ello y en dar gracias a la vida por tanta dicha.

¿Cuándo esa condición se desmoronó?

.....

Acerco a sus labios un vaso de agua y seco algunas gotas que ruedan por su cuello. Con gran esfuerzo me pregunta a qué hora debo volver al trabajo y yo respondo: "A las nueve". "Eee... ¡en punto!", susurra ella, con sus ojos vidriosos fijos en el techo de la habitación.

El déja vu me deja petrificado. A las nueve... en punto. ¿Dónde fue? ¿Cuándo? Sí, en la oficina lo dije yo mismo la noche anterior cuando respondí a mi jefe.

La paramnesia me lleva a sondear mucho más lejos. Exprimo la memoria. Mamá vuelve a murmurar: "A las nueve... en punto..." y borbotea agua con saliva. Me paro de un salto y desde dos pasos de distancia la miro perturbado al tiempo que una escena va emergiendo cuadro a cuadro en mi mente.

.....

Ha terminado la reunión de apoderados en mi colegio. Entre la multitud veo salir a Clark, mi profesor jefe, apodado así por su parecido con Clark Kent. Mamá, desde la ventanilla del coche se ofrece a transportarlo. Clark se acomoda en el asiento trasero. Entre ambos hay un diálogo mental tenso y nervioso. Yo dormito, pero no

tanto como para no oír cuando el profe Clark musita: “¿A las nueve?”. Mamá lo mira por el espejo retrovisor y le hace un guiño susurrando apenas la frase: “En punto”. Como pillado en falta, me giro en el asiento sin abrir los ojos y utilizo un brazo para ocultar un ligero rubor. “A las nueve en punto” podía significar muchas cosas, pero aquel gesto...

.....

El siguiente recuerdo me lleva a aquella noche en que mi hermano y yo oímos que nuestros padres conversaron hasta muy tarde y al día siguiente papá salió con una maleta mediana y no volvió más.

Como mencioné antes, después de aquello, nuestra vida familiar se desarrolló sin dificultades. Mamá trabajaba en una oficina, hacía deportes, esporádicamente salía con amigas y amigos y volvía reluciente. Al mismo tiempo era una madre excelente y nuestra mejor amiga, lo que es casi una curiosidad en la adolescencia de los hijos.

Un día escuché el rumor de que a Clark ahora le apodaban Superman. El cambio lo atribuían a que sólo un súper hombre era capaz de conquistar el corazón de una mujer extremadamente atractiva y encantadora. Y él lo había logrado.

Bastaron algunos días para que mi hermano y yo incubáramos una expectante sospecha y una noche, terminada la cena, intencionadamente nos atrevimos a compartir con ella la anécdota de los apodos del profesor. Al final nos reímos de buena gana como una forma de eliminar cualquier atisbo de reprobación o crítica, pero también esperando que nuestra madre nos abriera una ventanita a su íntimo secreto.

Era muy curioso, pero el encanto y la perfecta belleza de mi madre le habían conferido desde su primera juventud una litúrgica aureola de admiración que provocaba en quienes se cruzaran con ella, en particular los hombres, con la única excepción de mi padre, una deferencia cercana a la veneración. Por ello, cuando dulcemente cambió el tema mientras sus mejillas se coloreaban y sus ojos verdes resplandecían de amor, respetamos su elocuente silencio y no insistimos en el tema. Ella, sin expresarlo, lo agradeció.

Pasaron varios años en los cuales nuestra vida se desarrolló sin mayores vicisitudes, en un ambiente cálido y amoroso. Mi hermano mayor entró a estudiar actuación mientras yo me preparaba para decidir a qué me iba a dedicar a partir del próximo año.

Pero un día mi madre tuvo un brusco cambio en su rutina y en su forma de ser. Comenzó a faltar al gimnasio y permanecía hasta tarde mirando por la ventana de su dormitorio hacia la noche silenciosa e inescrutable. Ya no salía “con sus amigas” que era la consigna consensuada para denominar sus encuentros románticos.

Lucía nerviosa y callada. No sonreía, dejó de prepararnos los exquisitos almuerzos de fines de semana y los dulces de nuestra preferencia.

Mi hermano y yo presentíamos lo que podía estar ocurriendo y pese a la gran confianza que había con mi madre no nos atrevíamos a preguntar.

Ella fue quien hizo la movida clave. Fue al colegio y directamente preguntó por el profesor. La respuesta fue que ya no trabajaba en el colegio sin aportar más detalles, tampoco algún teléfono distinto al que ella había llamado centenares de veces. Con su corazón constreñido por el dolor se fue a casa y buscando en su agenda encontró datos de las antiguas apoderadas que ocasionalmente mantienen contacto con el colegio en que han estudiado sus hijos.

Lo que supo terminó por desmoronarla. El profesor había embarazado a una colega por lo que fue despedido del colegio.

Allí comenzó su viaje sin retorno. Su energía se apagó, abandonó definitivamente el gimnasio y descuidó su trabajo. Demacrada y con sus párpados ennegrecidos, dejó de alimentarse. Por primera vez en nuestras vidas el ambiente en el hogar olía a humo de cigarrillos.

Sus compañeros de oficina que le tenían gran cariño, fueron un par de veces a nuestra casa a animarla, pero ella les pidió por favor que la dejaran descansar y no la llamaran por teléfono.

Una mañana, al ir a despertarla, la encontramos ebria y vestida. Ambos hermanos, de manera brutal, nos veíamos enfrentados a sentimientos y sensaciones que nunca habíamos experimentado: sufrimiento, angustia y desesperación. La única persona que habría podido consolarnos y contenernos bajo circunstancias similares era quien involuntariamente las estaba provocando. Como dos niños perdidos y abandonados lloramos sobre su regazo sin tener claro lo que debíamos hacer.

Desde su alejamiento nunca más habíamos visto a nuestro padre, pero sabíamos dónde ubicarlo y hasta allí se dirigió mi hermano mayor. No fue un encuentro grato. El macho alfa no perdonaba haber sido engañado pese a haber cumplido, según él, con las obligaciones propias de un marido trabajador y responsable. No era del caso mencionar lo que sin ser una obligación es la sustancia vital en una relación de pareja, por lo que mi hermano guardó silencio.

Mi padre, irritado por haber sido sacado de sus ocupaciones, se limitó a darle una tarjeta con el nombre de un médico que podría atender a mi madre.

Incapaz de asistir a su consulta, el doctor la visitó en nuestra casa. Luego de revisarla comentó que presentaba anemia, desnutrición y otros problemas que no entendimos. Agregó que su condición mental le despertaba sospechas y que precisaba una serie de exámenes. No obstante, aclaró, las conclusiones detalladas de su visita profesional se las entregaría a nuestro padre.

A la espera de los exámenes y de los primeros tratamientos evitábamos que permaneciera sola y nos turnábamos con mi hermano para continuar nuestros quehaceres rutinarios.

Mi padre, en un gesto humano que le agradecemos, contrató a una enfermera y, a medias mi hermano y yo pudimos seguir estudiando.

Mi madre parecía una muñeca estropeada. No sabíamos cómo conseguía alcohol y en estado etílico y en un lenguaje apenas entendible nos hablaba como si fuésemos su amante. Así creímos entender que había logrado comunicarse con él profe y que había rehusado reanudar todo tipo de relación con ella.

Ambos hermanos intentamos animarla con infinito amor y dedicación, pero tuvimos que aceptar que no éramos capaces. En los años venideros estuvo internada y se fugó de dos tratamientos psiquiátricos antes de que una precoz demencia senil comenzara su lenta destrucción.

.....

Antes de retirarme, me acerqué, la besé y murmuré en su oído: “A las nueve...”. Ella fue incapaz de completar la frase, y sus ojos, al igual que los míos, se inundaron de lágrimas.